árabe, que admite la doctrina de la unidad subsistente de Dios, recompensador de las buenas acciones; lo mismo el idealista hegeliano, para quien la Idea lo es todo, que el epicúreo sensualista, que no ve en el mundo más que átomos infinitos de materia.

La misma vaguedad é indecision atribuye Draper á las doctrinas de la Iglesia acerca de la Divinidad, supuesto que á pesar de su tenacidad en mantener los dogmas, que á su juicio es su mayor defecto y vergüenza, no ha debido de ser en este punto exigente en demasía, pues en el siglo III adoptó, tomándolo de los egipcios, el dogma de la Trinidad, desconocido anteriormente, como admitió en el siglo IV el dogma de la Redencion, y más adelante otros, segun el variar de los tiempos y las circunstancias y caprichos de las personas. No hay hombre medianamente instruido en los dogmas de nuestra fe, que ignore que las doctrinas de la Iglesia son ahora las mismas que siempre ha profesado. Por lo que toca al dogma de la Trinidad, en el cual insiste Draper especialmente, basta abrir cualquier libro de teología, ó mejor el Evangelio, para convencerse de que si hay doctrina que conste clarísimamente en el texto sagrado, y que haya sido constantemente enseñada por la Iglesia, es esta de seguro. Ademas, ahí están los símbolos de la fe que solian recitarse en las Iglesias ó congregaciones cristianas, alguno de ellos anterior seguramente al siglo III; ahí están los textos innumerables de los Padres primitivos, como San Clemente Romano, del siglo I; San Policarpo, San Justino, Atenágoras, y San Ireneo en el II; y del III, Clemente Alejandrino, Tertuliano, y otros que sería largo referir. Ahí están, en fin, los testimonios de los mismos gentiles anteriores al tiempo en que segun Draper hubo de tomar la Iglesia el dogma Trinidad, entre otros Luciano; el cual en su *Filopatro* introduce uno de los interlocutores diciendo: «un Dios que soberanamente reina, grande, celestial y eterno, Hijo

del Padre, Espíritu que procede del Padre, uno de tres, y de tres uno; este has de juzgar que sea Júpiter; á este has de tener por Dios.» Lo que decimos del dogma de la Trinidad, puede demostrarse de los otros dogmas y enseñanzas, y áun prácticas de religion, más ó ménos relacionadas con la fe, poniendo en ciertísima evidencia que la Iglesia nada innueva, sino que mantiene lo que siempre, lo que por todos, lo que en en todas partes ha sido sostenido y profesado.

Es posible, como ya en el siglo V enseñaba Vicente de Lerins, asentando las bases del progreso en la ciencia teológica, es posible que los antiguos dogmas de esta divina filosofía con el andar del tiempo sean aliñados y pulidos, mas no puede suceder que sean alterados, destruidos ó mutilados; pueden recibir mayor claridad, mayor evidencia y distincion, pero han de retener siempre su plenitud, su propiedad y entereza. De suerte que el crecer y adelantarse de la ciencia teológica no ha consistido en añadirse nuevas doctrinas al tesoro de las que antes se poseian, sino en que las que antes no se conocian sino vaga y oscuramente han sido mejor y más claramente creidas, definidas y establecidas, gozándose la posteridad de conocer clara y distintamente la que la antigüedad, áun sin entenderlo tan claramente como nosotros, no ménos firmemente que nosotros creia, y sencilla y piadosamente veneraba.

Mas volviendo á los conflictos que una inteligencia desalumbrada ha ido buscando entre las enseñanzas de la razon y las de la revelacion, preguntamos de nuevo: ¿qué es, en resolucion, lo que el hombre puede conocer acerca de la naturaleza divina, del alma humana y del mundo que nos rodea? A esto el *sabio profesor Draper* se digna contestar, no sin haber dado antes largos rodeos que, segun los descubrimientos novísimos de la ciencia, Dios ó no existe ó se confunde con la fuerza vital que agita al

universo; que el alma es una chispa ó destello de esta misma fuerza, y que el mundo es un conjunto de átomos eterno en la duracion é inmensamente difundido por el espacio. El camino por donde Draper llega á estas conclusiones es muy sencillo y fácil de andar. El mundo, dice, se compone de un número infinito de átomos inertes, si los consideramos en su esencia, pero que están siempre en movimiento, increados, eternos, esparcidos por el espacio inmenso. La fuerza que los anima es eterna, necesaria é invariable. Los cambios que vemos en los cuerpos dependen únicamente de la varia distribucion de esta energía. El órden del mundo procede con una ley matemática é inflexible, en virtud de la cual la razon del estado cósmico del momento actual está en el que le precedió. No existe, por lo tanto, ninguna fuerza que pueda ser orígen de nueva energía; no existe Dios, ni alma, ni ningun otro agente capaz de alterar la accion eterna é indestructible del universo. En este no hay más que átomos movidos y agregados de diversas maneras, y que en su varia agregacion y trasformacion de movimiento van pasando de un estado ménos perfecto á otro más perfecto; resultando de aquí primeramente los minerales, que son agregaciones de átomos de igual naturaleza; luego las plantas, y al fin los animales, los cuales en nuestra época se han elevado á su grado supremo, que es la especie humana.

Parece increible: pero este conjunto de desvaríos, renovacion del sistema filosófico más absurdo que fantaseó el genio invencionero de la Grecia, y el que ménos secuaces tuvo áun en medio del trastorno intelectual anterior al cristianismo, esto es lo que presenta Draper como la flor de la moderna sabiduría, y lo que, como última palabra de la ciencia, opone á la fe y á las enseñanzas de la Iglesia. Apresurémonos á decir, para honra de la razon humana, que hipótesis tan descabelladas, y las imaginaciones sin suelo que sobre ellas fundan, solamente las defienden unos pocos modernos naturalistas, intérpretes en esto, más que de las leyes que gobiernan el mundo, de ideas y opiniones que nada tienen que ver con la ciencia. Esta, por boca de sus representantes más ilustres, pronuncia que el sistema materialista de Epicuro, así como es el más absurdo, así es tambien el más estéril y esencialmente opuesto á todo progreso científico [1]; que en él no hay parte alguna que no esté llena de contradicciones; que los átomos eternos, necesarios y extendidos infinitamente en el espacio, son imposibles é incomprensibles; que su movimiento, nacido de ellos mismos, viola todas las leyes de la mecánica; que el paso del simple movimiento á la vida, de la vida á la sensacion, y de la sensacion á la inteligencia, por evolucion y sin que intervenga una causa extrínseca, es juego de fantasía extraviada; que nuestras almas no son parte del alma universal, la cual ni existe ni ha existido jamas, sino sustancias libres, inteligentes, capaces de mérito ó demérito, de expiacion y de gracia, de redencion y de gloria; y, en fin, que el mundo no puede ser infinito en la duracion ni en la inmensidad, entre otras razones, porque el número actualmente infinito envuelve contradiccion. Y como la base de este sistema y lo que en él se

1 Entre mil autoridades que podríamos citar, vamos á copiar unas palabras que, despues de escrito este capítulo, hemos leido en la revista inglesa *Nature*, en un artículo sobre el célebre físico inglés Clerck Maxwell, el más profundo investigador que ha tenido en nuestros tiempos la física molecular, y á quien temprana muerte arrebató el año pasado á la ciencia y al cariño de cuantos le conocian. Este físico y matemático ilustre, gloria de la universidad de Cambridge, que le contaba entre sus profesores, aunque poco amigo de controversias teológicas, era fervoroso cristiano. Pocas semanas antes de morir advirtió que, despues de haber discutido todos los sistemas en que hasta ahora se ha presentado el ateismo, habia encontrado que, independientemente de todo otro conocimiento de las necesidades morales de la humanidad, no habia ninguno entre ellos que no implicase la idea de Dios, si se queria que diese explicacion de lo que se pretendia. Continuó diciendo que toda su vida la habia pasado en buscar é inquirir la verdad; que es muy poco lo que el hombre puede saber en este mundo, pero que es algo «conocer y esperar en Aquel en quien hemos creido.» Esta fe cristiana le daba una paz y tranquilidad demasiado profundas, para que fuesen alteradas por los sufrimientos del cuerpo ó por las circunstancias exteriores. (*Nature* Nov. 13 de 1879.)

pretende, es prescindir de Dios en la explicacion de los fenómenos que se ofrecen á nuestra curiosidad, la ciencia, cuanto es más profunda, tanto proclama con mayor convencimiento que la idea de este Sér infinito, eterno, personal, causa y principio de todas las cosas visibles é invisibles, se impone á nuestra conciencia, no ménos por la intrínseca necesidad de su sér, que como orígen, ordenador y regulador del movimiento del mundo, y principio y fin de las magnificencias y maravillas que en él observamos. Estas son las enseñanzas de la ciencia, las cuales no podrán ser destruidas jamas por todos los sofismas del mundo [1].

La Iglesia, por su parte, como Maestra incorruptible de la verdad, viene en apoyo de esta doctrina, y enfrente de todas las negaciones y de todas las contradicciones y desvaríos de la razon humana, señorea el gárrulo clamoreo de los sofistas, enseñando que Dios es espíritu purísimo, infinito, inmenso, sin principio ni fin, sin pender de nadie más que de sí sólo, altísimo en el sér, omnipotente en la virtud, eterno en la duracion, siempre el mismo sin mudanza alguna, á quien ni los espacios dilatan, ni la brevedad de ellos estrecha, ni el orígen dió principio, ni la sucesion de los tiempos crecimiento, ni el término dará fin; uno en esencia y trino en personas; Padre que engendra al Hijo, Hijo consustancial con el Padre que de él procede, como la luz proviene de la luz; Espíritu consolador y vivificador que procede del Padre y del Hijo; que habló y todas las cosas fueron hechas, mandó y todas fueron criadas; que todo lo llena, todo lo provee y dispone; secretísimo y que á todo está presente; invisible y que todo lo ve; siempre obrando y siempre quieto; inmovible

1 No es necesario advertir las consecuencias de este sistema respecto á la moral, reducida toda á satisfacer las necesidades y caprichos de nuestra naturaleza sin respeto á ninguna ley, principio, ni consideracion que dirija la conciencia, moral definida por San Pablo en estas palabras: *esca ventri, et venter escis*, y propia de bestias y no de hombres racionales.

y que mueve todas las cosas; su sapientísimo ordenador, su constante providencia, que como las crió sin necesidad, las gobierna sin cansancio y las mueve y encamina á sus fines sin pasion, sin embarazo ni distraimiento.

Todas las criaturas pregonan su gloria. A Él saludan los astros de la mañana; el resplandor de su majestad reverbera en las luces innumerables que centellean en las profundidades de los cielos; el órden supremo que reina en el universo, la muchedumbre de séres que lo pueblan, su prodigiosa variedad, su fuerza, su energía, no son más que el reflejo de las perfecciones inefables que brillan en la esencia infinita. Toda la creacion está llena, henchida y penetrada de su eficacia soberana. El espíritu de Dios vive y trabaja en la natuaraleza. El más vil, el más pequeño y despreciable de los elementos que componen este universo, encierra parte de la virtud que brotó de aquella altísima esencia; y cada momento de su existir, cada átomo de su sér, cada vibracion de su sustancia, trascendiendo á lo eterno, á lo inmenso, á lo infinito, descubre el plan de una providencia admirable que se realiza con el tiempo, pero que no tendrá su completo desarrollo sino en los inmensurables dominios de la eternidad.

Pero donde más hermosa resplandece la luz de la divina grandeza es en la criatura racional, compuesto maravilloso de alma y de cuerpo, de espíritu y de materia, de una sustancia baja, corruptible y quebradiza, y de otra incorruptible y simplicísima, llamada á destinos inmortales, y en quien Dios se ha complacido en derramar los tesoros de su bondad y misericordia. Porque si Dios es caridad, como dice San Juan, y si cuando alzamos los ojos para escudriñar en cuanto es posible al humano entendimiento la naturaleza divina, no vemos sino una esencia pura y sencilla que ama, y que amando, se comunica y derrama á todas las criaturas, en ninguna de estas aparece más claro y evidente este amor que en la naturaleza

del hombre. El Dios á quien adoramos, no es solamente el Dios creador, ordenador sapientísimo del universo, y autor de las leyes geométricas que gobiernan los elementos; ni es tampoco solamente el Dios que rige los destinos de la humanidad, que ejerce su Providencia sobre la vida de los hombres, justo castigador de malos y glorioso galardonador de buenos, sino que es tambien el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, de los Patriarcas y de los Profetas, de la antigua y de la nueva ley, todo consuelo y misericordia, que derrama en nuestros espíritus torrentes de paz, de gozo y de bienaventuranza, que nos atrae hácia sí con vínculos de amor indecible, y que, como dice él mismo, tiene sus delicias en morar entre los hijos de los hombres. El cual, habiendo hablado antes muchas veces y de muchas maneras á los padres por los profetas y revelado al pueblo escogido las grandezas de sus misericordias, se dignó últimamente hablarnos por su Hijo, resplandor de su gloria y figura de su sustancia, quien habiendo aparecido como hombre, nos redimió de la servidumbre del pecado y hecho por nosotros santidad, justicia, santificacion y redencion, nos levantó y regeneró por su gracia, formando para sí un linaje escogido, gente santa, sacerdocio real, pueblo de adquisicion, para que anunciásemos las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas á su luz admirable. Así levantó, engrandeció y divinizó Dios á nuestro linaje por la virtud de su Verbo, condensacion luminosa de toda la verdad, tesoro de sus misericordias, amor inmenso é inefable cuya soberana influencia trasforma nuestras almas, y haciéndolas partícioneras de su gracia, las dispone para llenarlas de su felicidad y de su gloria.

La Iglesia es el eco perdurable de este Verbo revelador, y al poner en manos de los niños ternezuelos las hojas del librito admirable que se llama *Catecismo de la doctrina cristiana*, les dá el resúmen más portentoso de ciencia divina y humana que ha podido formularse, la clave para la solucion de las cuestiones más trascendentales que se propone la ciencia, y la doctrina más alta y luminosa que puede enseñarse acerca de la naturaleza de Dios, orígen del hombre, su fin y destino en este mundo, sus relaciones con la divinidad, sus deberes para con sus semejantes, sus derechos en la creacion, y otros problemas y enseñanzas que en vano intenta resolver la filosofía separada de la fe.